

MANUEL BELGRANO, PRECURSOR DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO EN EL RÍO DE LA PLATA

Lic. Manuel Belgrano
Presidente del Instituto Nacional Belgraniano

En ocasión de cumplirse los doscientos años del fallecimiento de Manuel Belgrano y el 250° aniversario de su natalicio, en el presente año 2020, me honra ser partícipe de una nueva publicación de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires.

Quiero destacar, para esta especialísima oportunidad, un Belgrano que no sólo fue revolucionario, militar y creador de nuestra enseña nacional, un verdadero prócer y Padre de la Patria; sino también un hombre con una gran apertura de pensamiento y una lucidez que le permitieron proyectar un país organizado que a futuro alcanzara, lo que hoy llamamos, un desarrollo sustentable con prosperidad económica, bienestar social inclusivo y protección ambiental.

Clave para su valiosa personalidad fue el influjo de un hogar modelo, que naturalmente con el ejemplo, inculcó en él y en sus numerosos hermanos, el sentido del deber, de la moral y de la conducta pública y privada, dentro de los cánones de la religión.

Sus estudios básicos en el Real Colegio de San Carlos, su viaje a Europa a los 16 años, su decisivo ingreso a la Universidad de Salamanca, su graduación en Valladolid como Bachiller en Leyes y luego de Abogado; sus estudios de economía política y de idiomas vivos que él conceptuaba de suma importancia para su patria; son, junto con su sólida formación familiar, el germen fundante del estadista en ciernes.

Discípulo brillante en España, de Campomanes, de Jovellanos, de Ward, de Filangieri, de Genovesi, etc., trasplantó a la tierra de su nacimiento todo ese cúmulo de sabiduría, analizado, discernido y aplicado según las circunstancias. Jamás se ató a un principio rígido de escuela, como que era un pragmático liberal acorde a los vientos de la época, pero que sabía detenerse a tiempo, cuando las doctrinas exaltadas, chocaban contra sus principios éticos y religiosos y contra la realidad americana.

Belgrano trajo en sus alforjas (después de sus estudios en Europa), todo un mundo de reformas que creyó adecuadas a la idiosincrasia de su patria; escuelas de comercio, de agricultura, de dibujo, de náutica, de ciencias y de letras. Unos de sus sueños más caros fue la

creación de una Academia Superior, la de Matemáticas (iniciada el 12 de septiembre de 1810), donde los oficiales del ejército pudieran adquirir los rudimentos básicos de la técnica y ciencia militar, “capaz [dijo] de dotar el valor de nuestra juventud guerrera con toda las calidades necesarias que lo distinguan entre todas las naciones por ilustradas que sean”.

Desde su asunción como Secretario Perpetuo del Consulado de Buenos Aires, creado por Real Cédula en 1794, asombra la actividad que despliega para revertir el *statu quo* imperante en los dominios españoles y que son la causa del atraso, la rutina burocrática, la corrupción administrativa y por ende de la tupida maraña de intereses creados que enervaban a la sociedad criolla la cual se veía privada de justicia, moral, seguridad, educación y prosperidad.

En muchos trabajos y ensayos publicados a través de los años, se ha tratado de demostrar la especial clarividencia de Belgrano y la proyección de futuro, que se vislumbra en todos sus planes e iniciativas, que con suerte variada presentaba regularmente, no sólo al Consulado, sino también a los virreyes y al monarca español. Prima en ellos una decidida búsqueda del bien común que lo destaca como estadista. Son tres los pilares básicos para la riqueza y felicidad de los pueblos que se desprenden de su Plan de Trabajo: fomentar la agricultura y la ganadería, promover el comercio interno y externo y desarrollar la industria (ya sea esta textil, minera, forestal, pesquera y otras).

Es así cuando nos habla de la necesidad de industrializar nuestras materias primas para exportar productos terminados, cuando nos señala la necesidad de crear una flota mercante para llevar y traer mercaderías, sin pagar fletes onerosos; cuando se horroriza ante el espectáculo de hombres y mujeres ignorantes que nada podrían enseñar a sus hijos (futuros ciudadanos) por cuanto a ellos nada les había enseñado.

Con criterio ecológico, Belgrano observaba preocupado la destrucción de muchas especies, así como la destrucción de montes y bosques, utilizando maderas y leñas para hacer fuego. Se quejaba “contra la general propensión que existe para destruir, y la ninguna idea para conservar, reedificar o aumentar lo que tan prodigiosamente nos presenta la naturaleza”.

Bajo esas loables premisas, su labor como Secretario del Consulado fue incansable. Belgrano fue el más entusiasta promotor de levantar un mapa de todo el Virreinato y hacer un “viaje científico” por el territorio, pues entendía que era necesario contar con una cartografía seria y correcta, para estimular el transporte y dar seguridad a la marina. Se buscaba articular las comunicaciones marítimas y terrestres, como el camino de La Pampa hacia Cuyo y el sur patagónico con Chile, activando las potencialidades económicas regionales.

Sus “Memorias” consulares permiten advertir la vastísima información que va recogiendo a lo largo de los años a través de su correspondencia fluida con los Diputados de los Pueblos de su jurisdicción específica y también con los más destacados y prominentes hombres de su época, ya fueren de la Capitanía General de Chile como del Virreinato del Perú y otras comarcas hispano-americanas.

Volcó los informes de los Diputados Consulares en el periódico de su creación, *Correo de Comercio*, para lograr que la opinión pública tomara conocimiento de la situación del país y se interesara por mejorarla. No tan sólo en su acción administrativa sino también como comunicador social señala sus ideas sobre la población y su distribución, los recursos a través de la estadística, el uso de la tierra, el valor del trabajo, la educación de la mujer y los oficios, la delincuencia, el abuso del poder, la estructura de gobierno, la explotación de la riqueza natural y su racionalización, el desarrollo de la industria y el comercio, la salud y la atención de los pobres a través de la acción parroquial y social.

Fue el precursor de nuestras grandes transformaciones sociales, políticas, económicas, educacionales y militares en la época de conformación y génesis del estado hispano criollo.

Todo lo había dado en beneficio de los demás haciendo paradigmática su labor como funcionario público. Sus premios pecuniarios los donó para fundar escuelas; la mitad de sus sueldos para aliviar al erario; la otra mitad sin intereses, ni indexación alguna, las pagó el Estado después de su muerte, a sus derecho-habientes, para cubrir los gastos del sepelio y cancelar alguna deuda. “Sirvo a la patria sin otro objeto que el de verla constituida, ése es el premio al que aspiro”, supo decir. Hete aquí su sueño y legado para todos los argentinos.